

9

# El contador de pasos

John Lennon

Nacho era todo un experto calculando mentalmente los pasos que tendría que dar para llegar de un punto a otro. De su cama al baño, 12 pasos. De la puerta del baño, situado en la planta alta del adosado en el que había vivido con sus padres desde su llegada al mundo, a la de la cocina, situada en el piso bajo del adosado que tendría que abandonar ese mismo día debido al divorcio de éstos, 23 pasos, 14 de ellos escalonados. De la puerta de la cocina a la encimera sobre la que su madre acababa de dejar la bandeja de magdalenas junto a una taza de Cola Cao, aún humeante, 4 pasos más, y desde la encimera hasta el mando de la *Playstations*, escondido entre los laterales de los cojines del sofá que estaba frente a la enorme televisión de plasma de la que ya no podría disfrutar cuando estuviera en su nueva casa, 16 pasos normales y uno mediano. Tenía su espacio perfectamente calculado, y, resentido, a menudo pensaba en el campeón que el mundo había malogrado por no incluir su juego adivinatorio como disciplina olímpica.

Esa mañana, sentado frente a la televisión, en lugar de contar pasos contaba soldados del Imperio Negro, los que iba matando a golpe de pulgar mientras los operarios de la empresa de mudanzas CAOSA desmantelaban su universo para empaquetarlo en cajas de cartón. Le molestaba que su madre no le hubiera pedido que colaborara en el levantamiento, eso sí, sólo para haber tenido la posibilidad de negarse a hacerlo en señal de sentida protesta. En palabras de su madre, con la que viviría desde esa misma noche en una nueva casa que le desagradaba incluso antes de haberla visto, los cambios ayudan a crecer, pero él no creía que la madurez tuviera que ver con todo aquello. Al contrario, estaba convencido de que la vida es más fácil cuando uno se mueve en territorio conocido, y en su reino estaba todo controlado. Para llegar desde la puerta de su casa a la del adosado en el que vivía Christian, su único amigo en la urbanización, le bastaban 233 pasos, apenas 83 hasta la farola sobre cuya base Pipo, su *Yorkshire* de pelo canela, acostumbraba a marcar territorio en cuanto salía a la calle, y no más de 146 le separaban de la parada del autobús que le trasladaba al colegio. Total, años de cálculo a la basura.

Aunque lo más irritante era haber sido capaz de aniquilar en su consola en apenas unos minutos a más de 213 enemigos armados hasta los dientes, y, sin embargo, no atreverse a echar a patadas a la media docena de operarios que seguían danzando como zombis de un extremo a otro de la casa.

Cuando se levantó del sofá y entró en la cocina para dar cuenta de la hamburguesa que su madre le había traído de Julian's, su hamburguesería preferida, a 314 pasos exactos de la puerta de su colegio, Nacho comprobó que en pocas horas la horda había desmantelado su único hogar. Hamburguesa en mano, recorrió entonces los espacios vacíos con el aire impelido con el que los fantasmas transitan por los pasajes de los castillos

abandonados en los que habitan eternamente por no haber sabido morir a tiempo. Su habitación, hasta ese día un fortín inexpugnable, se asemejaba a la celda de una cárcel abandonada, y la de su hermano, a 9 pasos de la suya, era la imagen abstracta de una ciudad desértica y lejana. Tan lejana, que por más que lo hubiera intentado, no habría podido llegar hasta allí aun haciendo uso de todos los pasos del mundo.

De una a otra sala Nacho fue recorriendo los pasillos del adosado sin atreverse a entrar en ninguna estancia, por lo que optó por esconderse en el único rincón del chalet que mantenía su aspecto habitual: el garaje. Sentado en el taburete de madera que su padre usaba para alcanzar las herramientas del estante más alto de la pared, aguardó en la oscuridad de un rincón con la esperanza de que el mundo olvidara para siempre su existencia. Lo consiguió con todos excepto con la única persona que jamás podría olvidarse de él: su madre. Le despertó con un susurro.

.- Despierta Nacho... ya está todo. Nos vamos.

.- No quiero marcharme.

.- Lo sé, pero este viaje es muy largo y tenemos que hacerlo juntos.

.- Mamá ¿Cuántos pasos harán falta para llegar a nuestro destino?

.- Sólo uno mi amor... el primero.